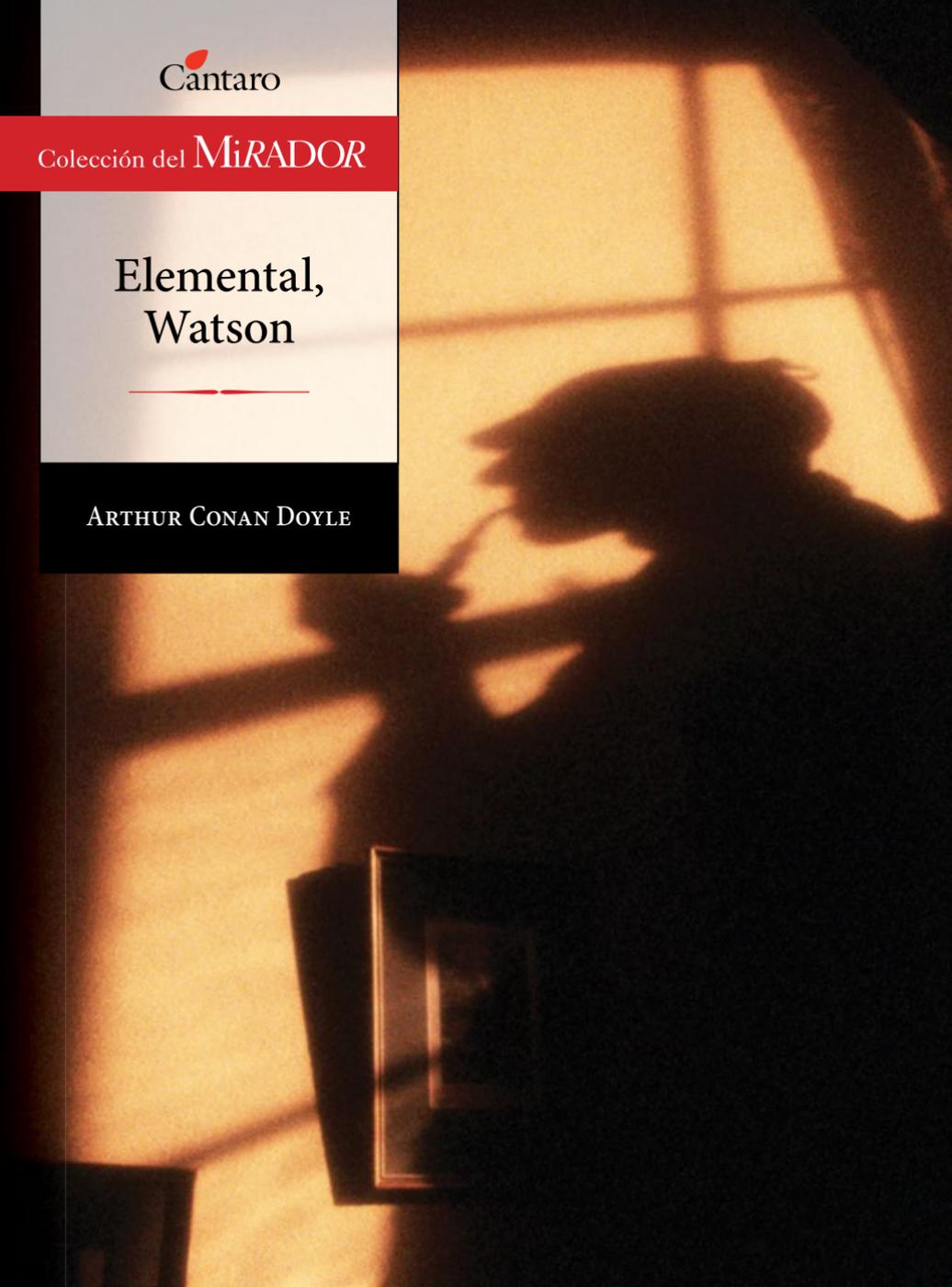


Cantaro

Colección del **MIRADOR**

Elemental, Watson

ARTHUR CONAN DOYLE



Colección del *MIRADOR*

Elemental,
Watson

ARTHUR CONAN DOYLE

Colección del
MIRADOR

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora de la colección: Karina Echevarría

Traductores: Horacio Guido y Valeria Castelló-Joubert

Secciones especiales: Marcela Groppo y Adriana Imperatore

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramación: Lorena Klappenbach

Correctora: Silvia Tombesi

Imagen de tapa: Latinstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Doyle, Arthur Conan

Elemental, Watson. - 2a ed. 2a reimp. - Boulogne: Cántaro, 2014.

112 p.; 19x14 cm. - (Del mirador; 232)

Traducido por: Horacio Guido y Valeria Castelló-Joubert

ISBN 978-950-753-335-8

1. Narrativa Inglesa. I. Horacio Guido, trad. II. Valeria Castelló-Joubert, trad. III. Título.

CDD 823

© Editorial Puerto de Palos S.A., 2013

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-335-8

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

**Puertas
de acceso**

Tras las huellas del policial

Los relatos policiales, hoy tan conocidos por los lectores y tan frecuentes en el cine y en la televisión, comenzaron a escribirse en la primera mitad del siglo XIX. En aquella época, el autor estadounidense Edgar Allan Poe (1809-1849) creó el personaje de Auguste Dupin, un aristócrata francés a quien le apasionaba develar casos misteriosos. Con este personaje como protagonista, escribió los cuentos que darían nacimiento al género policial: “Los crímenes de la calle Morgue”, “La carta robada” y “El misterio de Marie Roget”. Lo que no sabía Poe era que, con su sagaz detective, iniciaba una larga serie de investigadores, policías retirados y aficionados que poblarían novelas y cuentos policiales de gran éxito editorial.

La importancia que habían adquirido la prensa y las publicaciones periódicas alentó el desarrollo de los relatos policiales, que aparecían por entregas en números sucesivos. La historia se iba narrando por capítulos y, como quedaba inconclusa, generaba expectativas y mantenía el interés de los lectores, que corrían a comprar la siguiente publicación para conocer el desenlace de la trama.

Dos escritores ingleses, Arthur Conan Doyle (1859-1930) y Gilbert Keith Chesterton (1874-1936), llevaron el género a su esplendor y dieron vida a detectives que alcanzaron más fama que sus creadores. Tanto Sherlock Holmes como el padre Brown sobrevivieron a sus autores, ya que, luego de su muerte, los prestigiosos detectives fueron recreados por otros escritores que los incluyeron en sus propias historias.

Un crimen y tres personajes

Las historias policiales comienzan con un asesinato o un robo misteriosos que deben ser investigados. Y tres serán los personajes que no pueden faltar en estos relatos:

- un culpable del delito que ha dejado muy pocas huellas que lo delaten;
- una víctima del crimen;
- un detective inteligente y sagaz que debe averiguar quién es el culpable y por qué cometió el delito.

Por lo general, el detective o investigador privado aparece en escena para realizar el trabajo que la policía no pudo cumplir. El crimen presenta numerosos interrogantes a los que la institución policial no logra responder; solamente el detective, perspicaz y observador, posee una extraordinaria capacidad deductiva para relacionar e interpretar las pistas o las huellas que ha dejado el criminal y puede así resolver el caso.

¿De dónde obtiene información el investigador? De la escena del crimen y de los aportes de otros personajes próximos a los hechos o testigos de ellos que brindan su testimonio. Casi todos los personajes del relato resultan sospechosos ante la mirada del detective; y el culpable, seguramente, será el que parecía más inofensivo.

A mi juego me llamaron

La escena del crimen es presentada como un lugar plagado de indicios, a partir de los cuales puede descubrirse cómo se cometió el delito y quién es el culpable. Pisadas, restos de una carta, un cabello, el modo en que quedaron objetos y muebles luego de cometido el delito son los indicios que, aunque están a la vista, casi nadie ve.

El detective aparece para armar la trama de la historia que desembocó en el crimen; y puede hacerlo a partir de esos rastros que son insignificantes para el resto de los personajes, incluso para la policía.

Se establece, entonces, una lucha entre el criminal, que trata de no dejar huellas, y el detective, que tendrá que descifrarlas: el culpable debe ser muy hábil como para no dejar pistas que lo delaten y el detective tiene que superar esa habilidad para poder descifrar el enigma con los pocos indicios de que dispone. Pero en este enfrentamiento, aunque no figure en la historia narrada, hay otro participante que compite con el investigador: el lector.

Los relatos policiales atrapan a los lectores porque les proponen un juego. Los desafían para que resuelvan el caso criminal antes de que el detective lo haga y, así, demuestren que son más inteligentes y sagaces que el protagonista.

La venganza de Sherlock Holmes

Arthur Conan Doyle, el autor de los cuentos que incluimos en este volumen, estudió medicina; pero abandonó su profesión para convertirse en escritor.

Hacia 1889, en su novela *Estudio en escarlata*, creó un personaje de ficción que le depararía la fama y el éxito económico.

Sin embargo, el autor aspiraba a escribir novelas históricas, porque pensaba que eran literatura más seria y elevada que los relatos policiales.

Fue entonces cuando decidió acabar con su personaje en la última de las aventuras de *Las memorias de Sherlock Holmes*, en 1891. Imaginó un cuento en el que el investigador caía en unos saltos de agua en Alemania, a raíz de un enfrentamiento con su archienemigo, el profesor Moriarty.

Conan Doyle no podía suponer que el sagaz detective, de quien deseaba desprenderse, era más querido y reconocido que él mismo, y que los lectores reclamarían por su vida. Miles de cartas de personas indignadas con la suerte que había corrido Sherlock Holmes le mostraron inmediatamente al escritor el error que había cometido.

La reacción del público indicaba que el personaje había adquirido vida propia y que su creador ya no tenía derecho a eliminarlo. Hasta su madre intercedió por el pobre Sherlock y, finalmente, el escritor decidió revivirlo.

En la siguiente historia, se explicaba que el detective no había caído al abismo y que había logrado salvar su vida. Watson, el fiel amigo del investigador, se había equivocado al contar lo que había visto. Sus ojos no le habían permitido observar todo lo que sucedía más allá de la pendiente de la costa.

Luego de su reaparición, el personaje participó de un gran número de aventuras hasta que, en 1904, el escritor decidió que Holmes se refugiara en una granja para dedicarse a producir miel, y ya no escribió historias detectivescas que lo incluyeran como protagonista.



Estatua de Sherlock Holmes, en la estación Baker Street del *underground*, en Londres.

Elemental,
Watson

ARTHUR CONAN DOYLE

La aventura del carbunclo azul

TRADUCCIÓN DE VALERIA
CASTELLÓ-JOUBERT

Título original: *The Adventure of the Blue Carbuncle*.
Publicado en el periódico “The Strand”, entre 1891 y 1892.

Un personaje de ficción, considerado real

Ya mencionamos que la gente estimaba a Sherlock Holmes no como a un ser de ficción, sino como a un hombre de carne y huesos. Tal vez la minuciosidad con que se describe al personaje en el conjunto de los relatos provocó que los lectores imaginaran que el ilustre investigador podría existir en Londres, en el “mundo real”.

Conan Doyle creó su personaje con rasgos físicos, intelectuales y morales muy precisos; imaginó sus gustos y su vestimenta; le inventó una dirección. Sherlock Holmes vivía, en la ficción, en el 221B Baker Street, en la ciudad de Londres. En la realidad, en esa dirección funciona, desde 1932, un banco, el Abbey National Bank, y llegan allí semanalmente gran cantidad de cartas destinadas al detective; es decir que los lectores intentan comunicarse con el personaje como si fuera un ser real. Para no romper con la ilusión de los lectores que le escriben a un ser de ficción, una supuesta secretaria contesta los mensajes y les dice: “El señor Holmes le agradece su carta; en la actualidad está retirado en Sussex, donde se dedica a la api-

cultura”¹.

Las descripciones

El realismo con que Conan Doyle construye el mundo de Sherlock Holmes probablemente haya colaborado para que se considere al personaje como un hombre del universo del lector. Basta con citar el comienzo del cuento “El carbunco azul”, donde se mencionan algunos de los objetos de la casa:

Con la intención de saludarlo en ocasión de las fiestas, toqué el timbre en la casa de mi amigo Sherlock Holmes una mañana, dos días después de Navidad. Estaba recostado en el sofá, envuelto en una bata de color morado. Tenía, al alcance de la mano derecha, una provisión de pipas y una pila de periódicos matutinos arrugados, que evidentemente recién terminaba de estudiar. Junto al diván había una silla de madera y, de un ángulo del respaldo, colgaba un sombrero de fieltro maltrecho y muy raído, sumamente desgastado por el uso, y roto en varias partes. Una lupa y unas pinzas apoyadas sobre el asiento de la silla sugerían que el sombrero había sido suspendido de ellas a fin de ser examinado.

Aparecen aquí algunos de los muebles de la sala principal y se hace referencia a ciertas herramientas de trabajo, la vestimenta de entrecasa y el hábito de fumar en pipa. Si el lector recorre las distintas aventuras que vivió el investigador, puede ir reconstruyendo, con precisión, las virtudes y defectos del protagonista, sus gustos, sus hábitos, su carácter, sus habilidades e, incluso, todos los rincones de su vivienda.

Las descripciones son hasta tal punto detalladas que no so-

¹ “A 95 años del ‘retiro’ de Sherlock Holmes”, *Clarín*, 2 de agosto de 1999.

lamente dieron vida a un ser de ficción, sino que posibilitaron una reconstrucción, en la realidad, de la vivienda imaginada en las historias. En Baker Street, desde 1990, funciona el Museo Sherlock Holmes, en una casa próxima al Banco antes mencionado. Allí se ha recreado el mundo del detective a partir de los datos diseminados por los distintos relatos. Pueden recorrerse la escalera de entrada que comunica con el primer piso, el despacho donde se reunían Holmes y Watson y la habitación del detective. En cada uno de los lugares se acumulan objetos, periódicos, fotografías y libros relacionados con las historias.



La tradicional estación del *underground* londinense de Baker Street, en el barrio donde transcurren las historias de Sherlock Holmes.

Elemental, Watson

No es posible imaginar a Sherlock Holmes sin la compañía de su fiel amigo, John Watson, que constantemente se sorprende con la capacidad del infalible detective. La habilidad de uno y la inocencia del otro producen diálogos que divierten al lector.

La genialidad de Holmes consiste en deducir, de los datos más insignificantes, toda una historia. Un ejemplo puede encontrarse en “El carbunco azul”, donde, a propósito de un sombrero, se desarrolla la siguiente conversación.

—Acá está mi lupa. Usted conoce mis métodos. ¿Qué puede deducir por usted mismo de la personalidad del hombre que usaba este artículo?

Tomé el harapiento objeto entre mis manos y lo di vuelta muy a mi pesar. Era un sombrero negro muy común, de típica forma redonda y sumamente gastado por el uso. El forro había sido alguna vez de seda roja, pero estaba considerablemente descolorido. No llevaba el nombre del fabricante; pero, como Holmes había observado, las iniciales “H.B.” estaban bordadas en un costado. Tenía perforaciones en los bordes para pasarle un elástico, pero este se había perdido. En cuanto al resto, estaba roto, lleno de polvo y manchado en varios lugares, aunque parecía que se había intentado tapar con tinta los descoloridos lunares.

—No veo nada —dije, devolviéndoselo a mi amigo.

—Por el contrario, Watson, lo ve todo. Donde fracasa, sin embargo, es al sacar conclusiones sobre lo que ve. Es demasiado apocado cuando se trata de formular deducciones.

—Entonces le ruego que me diga qué puede usted inferir de este sombrero.

Lo tomó y lo miró con esa expresión de concentración que era tan característica en él.

—Tal vez es menos sugestivo de lo que podría haber sido —observó— y, aun así, hay unas pocas conclusiones que son muy claras y otras tantas que tienen, al menos, la fuerza de la probabilidad. Es obvio, desde ya, por el aspecto de esto, que el hombre era un intelectual y, también, que estuvo indudablemente en una buena posición económica en algún momento de los últimos tres años, aunque actualmente la haya perdido. Fue previsor en su época de abundancia, pero ahora ya no lo es tanto, lo que señala una regresión moral que, junto con la declinación de su fortuna, parece indicar la presencia de algún vicio, la bebida probablemente, que ha influido negativamente sobre él. Esto podría también explicar el hecho evidente de que su mujer ha dejado de amarlo.

—¡Mi querido Holmes!

—Conservó, sin embargo, algún grado de respeto por sí mismo —continuó, sin hacer caso de mi interrupción—. Es un hombre que lleva una vida sedentaria, sale poco, no se encuentra físicamente en buena forma, es de mediana edad y tiene cabello entrecano, que se ha cortado hace unos pocos días y que peina con fijador. Estos son los hechos más evidentes que pueden deducirse de su sombrero. También, dicho sea de paso, es en extremo improbable que tenga instalación de gas en su casa.

¿Quién no se sentiría apabullado ante deducciones tan precisas? Frente a una aptitud de esa naturaleza, el pobre Watson solo puede responder con asombro. El lector, tan sorprendido

ÍNDICE

Puertas de acceso	3
Tras las huellas del policial	5
Un crimen y tres personajes	6
A mi juego me llamaron	7
La venganza de Sherlock Holmes	7
Un personaje de ficción, considerado real	10
Las descripciones	10
Elemental, Watson	12
De la medicina a la investigación criminal	14
El eterno Sherlock Holmes	16
Elemental, Watson	19
“La aventura del carbunco azul”	21
“Las cinco semillas de naranja”	51
“La aventura de los tres estudiantes”	79
Bibliografía	103